

El ermitaño y María
Al cielo en union alaban.
Y la doncella de hinojos
Ante la imágen sagrada
De la Madre del Dios niño
Las horas orando pasa,
Y el eremita en su choza
Con toda la fé de su alma
Dando por tales favores
A Dios acciones de gracias.

Era del dia siguiente
La hora apenas del alba,
Cuando el penitente austero
Salía de su cabaña.
Ya en el césped de la roca
De hinojos María estaba,
Bendiciendo al Dios que alumbraba
La luz que el Oriente baña.
Y suelto el cabello rizo
Por la mal cubierta espalda,
Cuyas hebras de azabache
Mece revoltosa el aura,
Al cielo alzados los ojos,
Ambas las manos cruzadas
Sobre el pecho, y el semblante
Alumbrado por la blanca
Luz de una aurora de Junio

muy Bien

Que entre nubes de oro radia,
Parecia la doncella
Imágen leve y fantástica,
Que crea el sueño de un niño,
Sin comprenderla ni amarla.
Los ojos de Juan Guarino
La vieron, y contemplándola
Quedaron por un instante
Con indecisas miradas;
Pidióle al verle la niña
Su bendicion, y él al dársela
Sobre la hermosa cabeza
Tendió las enjutas palmas.
"Orad, la dijo, y velad,
Porque muy rudas batallas
Que sostengais será fuerza
Contra Satan..." y apenada
Repuso ella: "Padre mio,
Dios por vuestros labios habla
Sin duda, y en vuestro pecho
Su fuerza depositada
Tiene; guiadme, instruidme,
Y si batallas me aguardan,
Enseñadme á resistirlas,
Acostumbradme á afrontarlas.
—Sí haré, mi deber es este,
Y si en mí el Señor derrama
Su luz, y su omnipotencia
Su fé en mi pecho no apaga,
Sobre el ángel de tinieblas
Ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino,
De la doncella se aparta,
Perdiéndose de las peñas
Entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,
De mil sensaciones varias
Su espíritu atormentado
Por el monte caminaba;
Y apoyándose de un pino
En una nudosa rama,
Por el desierto callado
El buen penitente avanza.
Penoso es, duro, terrible
El viaje que hacer nos manda
La justicia del Señor
Cuando á la tierra nos lanza!
Terribles son en el mundo
Las tentaciones mundanas,
Y allí en contra de los hombres
Mucho Satanás trabaja.
Pero, ¡con cuánta mas furia
Su infernal poder desata
Contra el alma que del mando
En el desierto se guarda!
Todo le desencadena,
Toda su astucia nefanda
Contra la virtud del justo
Empeña por derrocarla.
Traidores lazos le tiende,
Viles amaños le fragua,
De varias formas se viste,
De varios modos le asalta.
Dios le dejó gran poder
E infinita perspicacia,
Y el espíritu satánico
Aborrece nuestra raza.
¡Ay de aquel cuyos sentidos
Tan alerta no se hallan,
Que con alguna quimera
El espíritu le engaña!
Tiéndale el Señor su mano,
Porque si el Señor le falta,
Será su virtud despojo
De la diabólica audacia.

La punta de alto peñon
El eremita doblaba,
Que de un abismo á la boca
Sobresalía inclinada,
Cuando al apoyar el pié
Sobre la vereda escasa
Faltóle un punto la tierra:
Las manos estendió rápidas;
Mas lejos de todo apoyo
Ya el cuerpo se despeñaba,
Cuando sintió que le asia
Con ayuda inesperada
Una mano vigorosa
Que á la muerte le robaba.
Fijó los piés en seguro,
Y volviendo la faz pálida,
Vió á otro severo ermitaño
Que á tenerse le ayudaba.
Hizosele á Juan Guarino
Allí su presencia estraña,
Mas dióle sinceramente
(Después de á los cielos) gracias:

Y entendiendo la estrañeza
Que Juan Guarino mostraba,
Entabló de esta manera
El otro ermitaño plática.

ERMITAÑO.
Veo que mi presencia en estos sitios
Os estraña, ¡oh Guarino!

GUARINO.
Sí en verdad:
Diez años ha que los habito, y solo
En ellos siempre me creí.

ERMITAÑO.
Ya va
Mas de un invierno, que sus rudas peñas
A mí tambien habitacion me dan.

GUARINO.
Nunca os he visto, ni noticia tuve,
Santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO.
Algo lejos de aquí me hice una choza,
Y de ella salgo rara vez.

GUARINO.
¿Quizá
Sitio buscais mejor?

ERMITAÑO.
No; vengo á veros,
Que la fama hasta allí me fué á llevar
La nueva del prodigio que habeis hecho,
Y venero tan grande santidad.

GUARINO.
Dios fué servido á mis mortales manos
Por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO.
Y yo vengo á adorarle en sus prodigios.
¿La feliz criatura donde está?

GUARINO.
En esas rocas su morada ha puesto
Do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO.
¿Y así la abandonais?

GUARINO.
Dios es muy grande,
Mas débil es mi corazon mortal;
Me alejo del peligro.

ERMITAÑO.
Juan Guarino,
Injuria á Dios tan ruin debilidad.

Quien muestra en vos su grande omnipotencia,
¿Su auxilio en el combate os negará?
Por vos estos desiertos, lo preveo,
De austeros monjes á poblarse van;
Flores fragantes, que del mundo impuro
Van el árido campo á embalsamar.
Por vos, Guarino, sus ejemplos santos
Muchas almas al cielo volverán,

Muchos impíos sus contritos ojos
Al piadoso cielo han de elevar.
Y por no arrostrar vos peligro escaso
De que os guarda vuestra alta santidad,
Vais á dejar que la mujer voluble
Ceda inesperta al tentador Satan?
Si él la recuerda la mundana pompa,
Todo el terreno bien que deja allá,
Acaso sus designios olvidando,
A ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces ¡ay! en vez de monasterios,
En vez de monjes que á morar vendrán
Sus claustros y estas rocas, en su seno
Lloraremos nosotros nada mas,
Estériles palmeras infecundas,
Que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano, y sus palabras
Con respeto y dolor oia Juan,
Y le daba en el fondo de su pecho
La razon imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada,
Suspensa entre el peligro y la verdad,
Sin acertar á sacudir su espíritu
El peso enorme de tan hondo afán.
"Volved á vuestra gruta, le decia
El venerable viejo; id, y soplad
El fuego santo que la enciende el alma
Y á su alma débil fortaleza á dar.
¿Qué, puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino!
Atractivos tener á ojos que están
A contemplar de Dios acostumbrados
La hermosura y la lumbré celestial?
Id y venceos: conquistad del todo
Para el cielo de Dios su alma inmortal,
Y si á la vuestra Satanás se acerca,
Como quien sois con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber."

GUARINO.
Yo lo conozco,
Santo ermitaño, y mi deber real
Veo que Dios para intimarme os manda
Y obedezco su voz.

ERMITAÑO.
Aun haré mas:
Pondré bajo esta peña mi cabaña,
A mi choza venid en vuestro afán,
Y de la loca tentacion el peso
Dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
Y sintiendo sus fuerzas aumentar
A la voz del anciano venerable,
Cedió humilde á su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima,
Viéndole hácia su gruta caminar,
Su figura elevándose sombría
Encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba,
Cuyo cuerpo encorvado por la edad,
A reverencia mueve mas que á miedo,
Ministro acaso del divino altar.

muy Bien

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONOMICA

Báculo tosco á caminar le ayuda,
 Ciñe sus miembros áspero sayal,
 Y al valle vueltos los sombríos ojos
 Severa muestra y penitente faz.
 Pero la negra sombra que proyecta
 Sobre la roca cuando el sol le da,
 Mancha siniestra en el peñon dibuja
 De contornos horrendos de mirar.
 Sombra que vida en su interior parece
 Tener... ilusion óptica quizás.
 Al fin tras el peñon desapareciendo
 Volvió todo al silencio y soledad.

II.

A mas de la mitad de su carrera
 Ya en el cóncavo azul llegaba el sol,
 Cuando, á los piés del venerable anciano
 Prosternado con honda confusion,
 Escuchaba Guarino, el conminándole
 De esta manera con airada voz:

"Miserable de tí! tu infando crimen
 Del mundo nos vá á hacer la execracion,
 Siendo por tí el escándalo del mundo
 Y objetos de la cólera de Dios.
 Esa mujer, al acusarte, entera
 Traerá la raza humana en derredor
 A maldecir la hipócrita malicia
 Que encerraba tu torpe corazon.
 El predigio real que por tus manos
 Piadoso Dios y omnipotente obró,
 A diabólica magia atribuido
 Será sin duda, si. Mira el baldon
 Con que cubres, ¡infame! estos desiertos
 Santuarios otro tiempo del Señor.

—¡Ay! ¡ay de mí! exclamaba Juan Guarino
 Con eco del mas íntimo dolor,
 Todo el infierno á castigarme es poco
 A lavarme de crimen tan atroz.
 —Pues piensa, le decia el otro anciano,
 Piensa en el modo que podrá mejor
 Ocultar á los ojos de la tierra
 Ejemplo de tan vil profanacion,
 Al menos porque en todos no recaiga
 La pena que uno solo mereció.

—¿Y eso me aconsejais? ¿Y es este el modo
 De ayudarme á arrostrar la tentacion?
 —¿Y qué puede tenerte, miserable,
 En la senda del mal y del error?
 Cubre al menos tu crimen en la sombra
 Del misterio, y al menos desde hoy
 Evita de tu crimen el escándalo,
 Pecado que maldice el Salvador,
 Tal vez el vulgo crédulo, engañado
 Por tu virtud hipócrita anterior,
 En un milagro mas creyendo estúpido,
 Te tribute mayor veneracion.
 Borra astuto su rastro de la tierra,
 Engaña al universo por tu honor,
 Y piensa bien que volverá su gente
 Mañana, y urge que lo enmiendes hoy."

Y así diciendo el eremita anciano
 De hinojos en las peñas se postró,
 Abismado dejando á Juan Guarino
 En horrenda y febril meditacion.
 Véase que dentro de su pecho
 Empeñada traian con furor
 Espantosa batalla sus pasiones,
 Desgarando su triste corazon.
 Y en el borde sentado del peñasco,
 Fijo, inmóvil, en silencio... ¡Daba horror
 Contemplar su semblante contraido,
 De sus hondos tormentos expresion!
 Así Guarino batallando á solas
 Dos largas horas de pesar pasó,
 Y dos horas el monge venerable
 Sin entibiar un punto su oracion.
 Al fin Guarino, cual preñada nube
 Que arrebatada en sus alas el turbion,
 Con rauda paso y con temblor convulso
 Del anciano en silencio se apartó.
 Dejó aquel su postura penitente,
 Sus miradas de Juan tendiendo en pós,
 Vaga sonrisa contrayendo el lábio,
 Sus ojos infernal satisfaccion.

Ya á Guarino perdido entre las peñas
 No se alcanzaba á ver, mas él siguió
 Cual si á través del monte le alcanzara
 Mirándole con íntima atencion.
 En ella unos minutos pasó el monge:
 De ellos al cabo á parecer volvió
 Guarino descompuesto y alterado,
 Diciendo al monge con horrenda voz:
 "Viejo, todo está hecho; no habrá escándalo:
 ¡Maldito el dia que nacer me vió!"

Ronca, histérica, horrible soltó entonces
 El monge repentina carcajada,
 Que de Juan en el ánima espantada
 Como afilado acero penetró.
 Volvió la vista atónita hácia el sitio
 Do vió al volver al ermitaño santo,
 Y su vista y su sangre heló de espanto
 Lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca satánica figura
 De inmensas alas que ante el sol tendia,
 Y el resplandor del sol oscurecia
 Sus fieros ojos en su faz clavó.
 Sobre el monstruoso labio le mostraba
 Sonrisa de desprecio triunfadora,
 Y con solemne voz aterradora,
 En sarcástico tono así le habló:

"¿Quién trajo esa mujer á este desierto?
 ¿Quién de sus ojos apagó la lumbré?
 ¿Quién á par con la inmensa muchedumbre
 "El milagro de Dios reconoció?
 ¿Quién encendió un volcan en tus entrañas
 "De furiosa y carnal concupiscencia?
 ¿Quién diez años de llanto y penitencia
 "Inutiliza en un instante? Yo."

Dijo Satan: y las enormes alas
 En la nublada atmósfera tendiendo,
 Por el espacio se perdió diciendo:
 "¡Maldito el dia que nacer te vió!"
 Y los cóncavos ecos de las peñas
 Al bronco son de su garganta heridos,
 Repitieron su voz estremecidos,
 Y estremecido el monte vaciló.

Quedóse el penitente
 Al borde de la roca
 Sentado, sin aliento,
 Sin voz, ni voluntad,
 Sumido en la amargura:
 Y por su mente loca
 Rodaban las ideas
 En ronca tempestad.

Confuso torbellino
 De espíritus impuros
 Escucha imperceptibles
 Zumbar en torno de él;
 Sus lábios se resisten
 A preces y conjuros,
 Y el aire que respira
 Le amarga como hiel.

"Diez años de virtudes,
 "De austera penitencia,
 "Diez años de esperanzas,
 "De lágrimas y afan,
 "Perdidos en un punto!
 "Cedió mi resistencia
 "A la tenaz astucia
 "Del tentador Satan!"

"He cometido un crimen
 "Horrendo, abominable!
 "Un crimen que no tiene
 "Disculpa ni perdon...
 "¡Soy presa del infierno!"
 Decia el miserable
 Mirando hácia el abismo
 Con bárbara intencion.

"Dios es muy compasivo,"
 Decia su conciencia;
 "Mi culpa es infinita,"
 Decia su razon.
 Y entre la muerte fácil
 Que tiene en su presencia
 Y el arrepentimiento,
 Vacila el corazon.

CAPITULO IV.

DONDE VERA EL LECTOR UN CAPRICHO QUE TUVO EL
 AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA.

¡Ay triste del viajero que pierde su camino
 Por el espeso bosque donde extraviado fué!

¡Ay triste del que el cielo de su feliz destino
 Con negros nubarrones encapotarse vé!
 ¡Ay triste del que siente que airado torbellino
 La lámpara le apaga de su dudosa fé!
 Y ¡ay triste del que sufre cual sufre Juan Guarino
 Tribulaciones tales de la montaña al pié!

El dia entre tanto pasando declina
 Cercano al dudoso crepúsculo ya:
 Con rayos postreros el sol ilumina
 La faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
 Tan inmóvil yacer sobre el peñon
 Por efigie sin vida le tomara,
 Por sueño vano, ó ideal vision.

El, sus ojos sombríos errantes
 Fijos tiene en ocaso, sin ver
 Los destellos del sol fulgurantes,
 Que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma
 Embrutece su razon,
 Y en siniestra y fria calma
 Paraliza el corazon.

Cual suele tras sombrío
 Espeso nubarron
 Brotar en el estío
 Mefítico vapor,
 Que deja nuestro espíritu
 Sin fuerza ni vigor;
 Cual pesadilla odiosa,
 Que en sueños nos acosa
 Girando en fatigosa
 Perpétua confusion,
 Sin que podamos débiles
 Calmar su agitacion.

Tal su ánimo al peso
 De crimen secreto,
 Prensado y sujeto
 Con miedo se vé,
 Y á impulso de asombro
 Que infúndele pánico
 El soplo satánico,
 Ni espera ni cree.
 Y solo y sombrío,
 Inmóvil, callado,
 Al borde sentado
 Del peñon está,
 La sima profunda
 Mirando indeciso,
 Por sino preciso
 Teniéndola ya.
 Y en tanto que siente
 Pesada la vida
 Y al ánima olvida
 Y al cielo quizá,

Septulando
 Su áurea lumbré

Tras la cumbre
El sol va.
Sus postreros
Resplandores
Tembladores
Dando ya.

Sobre el cárdeno
Horizonte
A que el monte
Pone fin,
Se despide
De la tierra
Que ha en la sierra
Su confín.

Y se mira
La ancha hoguera
De su esfera
Vacilar:
Mas radiantes
Y mas bellos
Sus destellos
Al finar.
Y sus rayos
Por las crestas
De las cuestras
Al tender,
Del prado hacen
Por la alfombra
Su ancha sombra
Negrecer.

Rojas nubes
Le coronan,
Que amontonan
En redor
Los vapores,
Que pasando
Va creando
Su calor.

Y los pliegues
Mas espesos
Y mas gruesos
Cada vez,
Entoldando
En masa densa
Van su inmensa
Brillantez.

Poco á poco
Su cerrado
Y agrupado
Nubarron,
En su centro
Da al sol puro
Un oscuro
Pabellon.
Poco á poco
Descolora
Y devora

Su arrebol,
Y así el dia
Roba al orbe
Cuando sorbe
Todo el sol.

Queda envuelto
De este punto
Todo junto
En luz igual;
Y en el cárdeno
Horizonte

Sobre el monte
Cardinal,
Giron rojo
Desgarrado
Del cerrado
Pabellon,
Queda suelta
Nube roja
Que acongoja
Al corazon.

Banda torva,
Que tendida
Por la corva
Lema hendida
De las peñas,
Va rasando
Por las breñas
De la cumbre,
Y apagando
Las centellas
De la lumbre
Que dá el sol.

Lienzo rojo
Que demuestra
De alto enojo
La siniestra
Señal santa:
Y en pós suya
Se adelanta
Y en pós suya
Se levanta,
Con él viene,
Con él gira

Cuando nace,
Cuando espira
Con él hace
Su camino
Matutino,
O vespertino,
De él perpétuo
Girasol.

Nube hermosa
Que se inclina
La colina
A trasponer,
Circundando
Su camino
Purpurino
Rosicler.

Quemando,
Doblando
Su afan.

Y el cielo,
Y el suelo
Velando
Se vá:
La noche
Se cierra;
La tierra
Pavura
De oscura
Le dá.
Y en tanto
Que acude
Al llanto
Quizá,

Cuanto
Ecisite
Niebla
Triste
Puebla
Ya.

Las sombras
Mas densas
Y estensas
Dó quier,
Sus velos
Desplegan
Y ciegan
El ver.

Y la tierra
Toda inunda
La profunda
Lobreguez;
Montes, valles
Y collados
Sepultados
A su vez,
Espesas nubes
Que apiña el viento
Al firmamento
Robando van
Su luna pálida;
Las luces bellas
De sus estrellas
Muertas están.

Y en vez de los ojos
Sirviendo el oido,
Ya solo es el ruido
Quien guía los piés;
Al alma infundiendo
Sus vagos rumores
Estranos temores
De mundo que no es.

Nube errante,
Pasajera,
Vagarosa,
Dó contempla
Juan Guarino
El destino
Que le espera,
Que aspirante
Congojosa
E indecisa
A su lábio
La sonrisa
Postrimera
Le arrancó;
Y el agravio
A su Dios hecho
En el fondo de su pecho
Con su luz ilumino.
Luz postrera
De esperanza,
Que ir lijera
Juan alcanza
Desde el monte,
Su alma ajena
No de pena
Mas de fé.

De la cresta
De la roca
Mas enhiesta
Puesto al pié,
Contemplando
Cual con blando
Movimiento
Surca el viento
Se le vé,
Mientras rota
Informe, vaga,
Su derrota
Va acortando
Pié tras pié.

Palidece,
Se enrarece,
Se consume,
Desaparece...
Ya se sume,
Ya se fué.
Y noche
Sombria,
Tras dia
Fugaz,
Aleja
Su alma
De calma
Y solaz.

Y feas,
Y varias,
Contrarias
Ideas
Están
Su mente

CAPILLA ALFONSO IX
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Y se oye por las peñas
Sonar en las montañas
De fieras y alimañas
Los pasos ó la voz,
Mostrando en sus sonidos
Sus cóncavos gruñidos,
Sus ásperos graznidos
Ya agudos y ya graves,
Las fieras y las aves
Su natural feroz.

Y á cada ténue lamento,
A cada salvaje són
De ave ó fiera, de agua ó viento,
Se estremece el corazón.
¿Y quién podrá en tal momento
Dar del desierto razón?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
Por medio tan denso nocturno vapor?
¿Quizá entre las peñas perdido el camino
Sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque ¿quién los senos abrir del destino
Podrá, ni del crimen medir el horror?

Lenta, amarga, terrible es la agonía
Que su remordimiento al hombre dá!
Quizá á Guarino al despuntar el día
Sentado en el peñon encontrará,
De sí mismo espantado todavía,
Muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
Monte, llano, río, desierto y ciudad
En lóbrega noche, do quiera dormido
Cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
Resuena por los senos de las montañas ya,
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento
O el ruidito del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día,
Y la rosada lumbre de la aurora
Tornó á ahuyentar la umbría
Nocturna oscuridad: encantadora
Con nueva juventud, con nueva vida,
Tornó naturaleza
A mostrarse de nuevo enriquecida
Con doblada belleza.
Y el día entraba apenas, cuando á lento
Cansado caminar, por la aspereza
Subía la montaña
Wifredo, y de María á la cabaña
Llamó llegando con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió: María
Ausente estaba de ella;
Llamó á la de Guarino,
Mas ¡ay! estaba sola como aquella.
Signó el conde á la altura
Subiendo. Desde allí se descubría

Gran trecho de montaña y de llanura,
Mas no alcanzó á Guarino, ni á María.
A voces los llamó, mas á sus voces
Respondieron no más ecos lejanos,
Cuyos sonés livianos
Se llevaron las ráfagas veloces.
A su gente llamó desesperado,
Corrió el pueblo exhalado:
Sus siervos, sus vasallos, sus amigos
Por do quiera los montes recorrieron:
En lo espeso del monte se metieron,
Pero en vano en los montes se cansaron,
¡Ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el conde de amargo sentimiento
Y de fiebre ardorosa,
Cercano de su muerte vió el momento,
Y á manos de su horrenda desventura
Llevaronle á su corte populosa,
Su enfermedad rayando en la locura.
Y el vulgo maldiciente
Se perdió de una en otra conjetura,
Haciendo cada uno mas oscura
La historia y la razón de este accidente,
Y cada uno á su antojo
A Dios ó á Satanás atribuyendo
La oculta causa del suceso horrendo.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO V.

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMANA QUE LOS MONTEROS
DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS
PEÑAS DE MONSERRATE.

Un día y otro día,
De púrpura y de grana
Entre vistosos grupos
De nubes y arrebol,
Igual, indiferente
Nacer cada mañana
Para el alegre vemos
Y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina
La creación entera,
En torno de ella vueltas
Infatigable dá,
Mas cuanto con su lumbre
Fecunda en la postrera,
Tornándolo en estéril
En la siguiente va.

El cubre los vallados
De flores y verdura:
El hace escaso arroyo
Lo que ancho río fué:
El dá á los secos árboles

Fructífera espesura:
El cria el gusanillo,
Que los corroe el pié.

Y al que hoy dejó llorando
En abandono y duelo,
Mañana encuentra alegre
Y venturoso ya:
Y al que dejó olvidado
En su placer del cielo,
Mañana ve que hundido
En el dolor está.

Las unas tras los otros
Los días y las horas
Del mísero Wifredo
Pasando van así:
Las últimas acaso
De calma precursoras,
Que el bien ni el mal eternos
Jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra,
Por diferentes modos
Concluye todo luego,
Varía sin cesar,
Y al cabo en nuestros males
Nos consolamos todos
De lo que ya ha pasado,
Con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
Y con la edad se fueron,
Si bien de sus pesares
Los torcedores no;
Los males que al sepulcro
Cercano le pusieron,
Y aun sus recuerdos casi
El tiempo adormeció.

Si, que aunque guarda enteras
El alma de Wifredo
Las lúgubres memorias
De su pasado mal,
No vienen como un día
Ministros de ira y miedo,
A perturbar sus sueños
En círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
Con lágrimas ardientes
Que abrasan sus mejillas,
La prenda que perdió:
Cesaron sus extremos
Esfuerzos impotentes,
En pos de lo que airado
Su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
Tenaz melancolía
Le prensa el amoroso
Paterno corazón:
Mas grata si mas triste

Le aduerme cada día,
Memoria, no esperanza,
Recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila,
En medio de su pueblo,
Que idolatrando en él,
A distraer sus penas
En derredor apila
Atenta á su consuelo,
Su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
En danzas y cantares,
Los senos del palacio
Llenando sin cesar,
De su señor ahuyentan
Los íntimos pesares,
Que solo puede el tiempo
Rodando consolar.

Con corazón sencillo,
Leales los pecheros,
Sus brazos y sus tierras
Le vienen á ofrecer:
Y estrañas fieras y aves
Le cazan sus monteros,
Que de lejanas tierras
Le vienen á traer.

De su señor amigos
Los graves cortesanos,
Ancianos peregrinos
Le salen á buscar,
Que el ocio y el fastidio,
Del corazón tiranos,
Con mágicas leyendas
Le vengán á ahuyentar.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo,
Que idolatrando en él,
Para atenuar sus penas
En su redor apila
Atenta á su consuelo,
La muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias
El buen conde adormecido,
Yacía en silencio hundido
En un cómodo sillón,
Contemplando vagamente
En la inmensa chimenea,
La llamarada que homea
Con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oído
Hiriéndole de repente,
Confuso rumor de gente,

De su casa en lo interior;
Y confusion y tumulto
Y pasos y gritería,
Que se iba acercando oía
Por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
Y á aquel son extraño atento,
La puerta del aposento
Abriendo, al dintel salió,
Deteniéndose asombrado
Al ver que sus corredores
Gente en tropel, con clamores,
Tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
Los artesanos y arqueros,
Los nobles y los pecheros,
En revuelto pelotón
Avanzaban lentamente
Por sus estancias adentro,
Fija la vista en el centro
De la inmensa reunión.

"¿Qué es esto? exclamó Wifredo,
Un paso á ellos avanzando.
¿Quién entra aquí, así turbando
La quietud de mi mansión?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿O es vuestra turba traidora
Una osada rebelión?"

"¡Vive Dios! ea! esplicaos."
A cuyas voces airadas,
Quedaron paralizadas
Las voces, quietos los pies;
Y el conde, viendo que nadie
Contestaba, de un montero
Asiendo, que iba el primero,
Le dijo: "Esplicáte, pues."

"Señor, dijo éste turbado,
La rodilla hincando en tierra:
No es movimiento de guerra
Lo que veis, no es rebelión:
Es que en Monserrat cazamos
Tres días ha una alimaña,
Que creímos por lo extraño
Digna de vuestra atención.

Miradla." Y así diciendo,
La multitud dividiendo,
Ante los ojos del conde
La alimaña presentó.
Y en redor de ella, Wifredo
Círculo estenso formando,
La alimaña contemplando
La muchedumbre quedó.

Jamas miraron sus ojos
Una bestia mas extraña,
Ni en los ámbitos de España

La halló hombre alguno jamas:
Ni de su forma recuerdo
Guardó nadie en su memoria,
Ni de ella en escrita historia
Habló algún sabio quizás.

Era del jervo y del mono
Término, ó compuesto acaso:
Del jervo tenia el paso,
Del mono la formación.
La mirada melancólica
Su interior pena exprimía,
Y sus miembros encubría
Largo y espeso vellón.

Ni mostraba á los amagos
Ruda y salvaje fiereza,
Ni á los hombres extrañeza,
Ni á las caricias placer.
Mas de pavor con estremos,
Constantemente esquivaba
Su mano, si la llegaba
A halagar una mujer.

Absorto miraba el conde
Aquel ser desconocido,
Dentro la jaula encogido,
Insensible al parecer;
Y por mas que le miraba
Y por mas que discurría,
La raza desconocía
Mas de que pudo nacer.

Mandó luego á sus monteros
Que en su salón le pusieran,
Y allí libertad le dieran
Para ver su condicion:
Pero la bestia, su jaula
No abandonó un solo instante,
Permaneciendo constante
En la misma posición.

CAPITULO VI.

DE LA EXTRAÑA METAMORFOSIS DEL ENJAULADO
MÓNSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca
La relación cundiendo,
De aquel monstruo cazado en una roca,
Y así se fué estendiendo
Por Cataluña entera,
Relato extraño haciendo,
Quitando y añadiendo
Del caso cada cual á su manera.
Y de todo el condado
Por ver el monstruo, á la ciudad venía
El pueblo apresurado;
Y el conde permitía
Que el palacio invadiera,
Y el monstruo contemplara,

Y su curiosidad satisficiera.
Llegaba, le veía,
Se admiraba en silencio
El vulgo: se salía,
Y á su hogar se volvía.
O absorto, ó satisfecho,
Y contaba despues á sus vecinos
Lo que en la capital habia hecho,
Jurando que era el monstruo
De los mas peregrinos.
El buen conde, entre tanto,
Conservaba al tal monstruo en su aposento,
Y á su tranquila condicion atento.
La jaula noche y dia
Abierta le tenia:
Pero jamas el monstruo la dejaba,
Aunque claro Wifredo conocía
Que cuando él de su cuarto se ausentaba,
De su jaula salía,
Y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el conde
Cada vez con mas duda y extrañeza
Su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
Su sobriedad extrema y mansedumbre,
La adquirida costumbre
De estar al parecer de buena gana
En su jaula metido,
Y acurrucado siempre y encogido:
Su inteligencia rara,
Y la expresion de su velluda cara,
Sus manos y sus pies, á los del hombre
Semejantes, traían confundido
Al conde, que del sér desconocido
No podia marcar raza ni nombre.
Ni caricias y halagos,
Ni castigos y amagos
Pudieron arrancar de su garganta,
Ni en su exterior marcaron
Un gesto de amenaza ni un gemido.
Los criados tal vez le maltrataron,
Y los perros de caza
Que alguna vez á donde estaba entraron,
Con ademán furioso
A la jaula llegaron;
El empero, ni hostil, ni temeroso
Se mostró: indiferente
Sufria y silencioso
Tranquila y mansamente.
Poco á poco esta calma
Y extraordinaria abnegacion hicieron
De Wifredo en el alma
Incomprensible sensacion, y al cabo
De curiosa extrañeza
Pasó á ser compasion; hízola luego
Costumbre la continua compañía,
Y al cabo la costumbre
Pasó á ser la aficcion, luego cariño;
Y vino al fin un dia,
En que el conde pensó con pesadumbre
Que apartarse tal vez fuerza sería.
La monstruosa alimaña,
Por su parte tambien mostraba al conde

Una aficcion extraña.
Sumisa á sus antojos,
Admitia contenta sus caricias,
Y á veces notó el conde
Lágrimas desprendidas de sus ojos.
Mostraba claramente su alegría
Cuando el conde hácia ella se llegaba,
Y tristeza en sus ojos se veía
Si de ella se apartaba;
Y cuando el conde hablaba,
Como si le entendiera le atendía.
Mil veces la memoria
De la hija que perdió tan tristemente,
Le asaltaba la mente;
Y el amoroso corazón transido
Con el pesar de tan amarga historia,
Ponia al conde místico y abatido,
Y lloraba á sus solas tristemente.
Contemplábale el monstruo de hito en hito
Y lloraba tambien, y su semblante
Místico bañaba en expresion doliente.
Muchas veces delante
De sus nobles amigos
De su desdicha y su dolor testigos,
Recordaba aquella hija malhadada,
Encanto de su vida,
Por él tan ciegamente idolatrada,
Y á su paterno corazón perdida.
El monstruo entonces, trémulo, encogido
En medrosa postura,
Y en el hueco mas lóbrego escondido
De su jaula, mostraba una amargura
Que natural hubiera parecido
En otro sér que comprender pudiera
Del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
Su dolor expresando
Con sonos guturales,
Semejaban su voz y sus lamentos
Ayes de una persona que llorando,
Las palabras ahogando
Exhalara suspiros, naturales
En quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
Que afinidad secreta y misteriosa
Con la tristeza paternal tenia
Entre el conde y el monstruo, fácil cosa
De entender es, que entre ambos
Vino al fin á doblar la simpatía.
Y acostumbrado el conde
De la sumisa fiera
A la salvaje sociedad, tenia
Entre los animales destinados
A su servicio ó diversion, el puesto
E importancia primera.
Y por temor que alguno le ofendiera,
Los lebreles estaban atraillados,
Los neblíes y halcones enjaulados;
Y de aquesta manera,
Su casa y su condado manteniendo
En paz con sus cuidados,
Iban dias y meses trascurriendo.